



RESUMEN

Con este trabajo se propone descifrar la problemática del chulla a partir de la doble identidad. Con el personaje Alfonso Romero y Flores, surgen los conflictos, tensiones y frustraciones internas debido a su condición de ser mestizo en una sociedad llena de discriminación. Icaza describe de manera cruda el rostro de la realidad nacional y una imagen verídica del medio quiteño con gente despojada de humanismo.

A través de tres capítulos, se analizan tres aspectos relevantes que giran en torno al tema de la identidad: en primer lugar, se realiza un sondeo psicológico del Chulla, cuyos intereses étnico-sociales inciden tanto que prefiere no reconocerlos y vivir de la apariencia, presumiendo un falso orgullo. Es un ser oportunista bajo el disfraz que delata la falsedad de la apariencia. En segundo lugar, se aborda el tema del enmascaramiento para llegar a la individualización del protagonista. Finalmente, en el tercer capítulo se descifra lo peyorativo en los personajes de la obra y la perspectiva de deshumanización. Esta situación conlleva a desentrañar una suerte de separatismo social y cultural que emerge desde distintos ángulos, unas veces desde el Poder establecido y otras desde la iglesia y la sociedad en un ámbito urbano-marginal.

PALABRAS CLAVES

Chulla, conflicto, identidad, máscara, sociedad, mestizaje.



ABSTRACT

This work is to decipher the problem of chulla from the dual identity. With the character Alfonso Romero y Flores, conflicts arise, internal tensions, due to its being mixed race in a society full of discrimination. Icaza describes in a crude way the face of the national reality and a true picture of the environment with people from Quito stripped of humanism.

Through three chapters, discusses three important aspects that revolve around the theme of identity: first, are scanning Chulla psychological, ethnic and social interests which influence both who prefers not to recognize and live appearance, assuming a false pride. He is a opportunist under the guise that reveals the falsity of appearances. Secondly, it addresses the issue of masking to get to the individualization of the protagonist. Finally, the third chapter is decoded as a pejorative in the characters of the play and the prospect of dehumanization. This situation tends to unravel a kind of social and cultural separatism that emerge from different angles, sometimes from the power set and some from the church and society in an urban-marginal.

KEY WORDS

Chulla, conflict, identity, mask, society, miscegenation.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	10
CAPÍTULO I.....	12
JORGE ICAZA: SU NARRATIVA SOCIAL	12
1. REALIDAD SOCIAL ICACIANA.....	12
2. INFLUENCIA DEL MESTIZAJE EN LOS PERSONAJES DE LA OBRA	16
2.1. ANTECEDENTES DEL MESTIZAJE.....	16
2.2. EL MESTIZAJE EN LOS PERSONAJES DE LA OBRA.....	18
3. CONSECUENCIAS SOCIO-CULTURALES DEL MESTIZAJE EN EL CHULLA ROMERO Y FLORES	23
CAPÍTULO II.....	27
EL PERSONAJE MÁSCARA: PÉRDIDA DE IDENTIDAD.....	27
1. EL INDIVIDUALISMO A TRAVÉS DE LA MÁSCARA	27
2. PERSPECTIVAS DEL ENMASCARAMIENTO.....	31
3. REPERCUSIÓN IDEOLÓGICA	38
CAPITULO III.....	43
SENSACIONES Y AFECCIONES DE DOLOR Y DESAMPARO DECADENTES.....	43
1. LO PEYORATIVO A TRAVÉS DE LOS PERSONAJES DEL CHULLA.	43
2. DESHUMANIZACIÓN E INFERIORIDAD DEL SER	51
3. SEPARATISMO SOCIAL Y CULTURAL.....	58



CONCLUSIONES.....	69
BIBLIOGRAFÍA	73



UNIVERSIDAD DE CUENCA

**FACULTAD DE FILOSOFÍA, LETRAS Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
ESCUELA DE LENGUA, LITERATURA Y LENGUAJES AUDIOVISUALES.**

**CONFLICTOS DE IDENTIDAD EN LOS PERSONAJES DE LA OBRA EL
CHULLA ROMERO Y FLORES**

Trabajo de Investigación previo a la
obtención del Título de Licenciada en la
Especialidad de Lengua, Literatura y
Lenguajes Audiovisuales.

AUTORAS: TRÁNSITO CADME GALABAY

MARIANA PÉREZ MENDÍA

TUTOR: MST. GUILLERMO CORDERO CARPIO

Cuenca - Ecuador



2011



Los contenidos del presente informe de investigación son de exclusiva
responsabilidad de sus autoras.

Tránsito Cadme Galabay

Mariana Pérez Mendía



AGRADECIMIENTO

El esmero, la dedicación y el empeño incondicional son valores que, en el momento oportuno, reflejan el donaire de un ser que encamina con sus sabios conocimientos a quienes necesitan el impulso persistente como mediador de una nueva meta.

Vaya nuestro agradecimiento a tan invaluable profesional, Máster Guillermo Cordero Carpio, quien con su gran capacidad intelectual ha sabido guiarnos como tutor del presente trabajo, para lograr pulcritud, tanto en el contenido cuanto en la forma, alimentando de esta manera nuestros conocimientos.

De la misma manera, para las autoridades de la Universidad de Cuenca y de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, quienes, conscientes de la necesidad académica, dieron espacio a nuevas oportunidades para que los anhelos soñados se hicieran hoy realidad. Finalmente y sobre todo, nuestra eterna gratitud a Dios, por habernos dado el don del entendimiento, paciencia y persistencia en los momentos más débiles de nuestro trayecto estudiantil y familiar.

Tránsito y Mariana



DEDICATORIAS

El presente trabajo de investigación lo dedico a mi familia, fuente de fortaleza. Su comprensión es la luz que ilumina los duros caminos que juntos recorrimos para bosquejar un perfil de porvenir y llegar a la meta.

Mariana

Este esmerado trabajo va dedicado a mi paciente esposo Pablo, quien desde la distancia y de manera incondicional me ha apoyado para lograr mi anhelo. De la misma manera a mis hijos Pablo y Martín, soportes cariñosos, que en sus momentos de necesidad han sabido comprenderme y darme el espacio como mujer y profesional.

Tránsito



INTRODUCCIÓN

El contexto cultural de la sociedad quiteña desde la perspectiva histórica aparece en el mundo de la ficción con la temática de *El Chulla Romero y Flores*. Con esta obra, Icaza aporta una visión sociológica que trasciende a través del tiempo. Las razones que dan actualidad a la obra como realidad literaria y social provienen del afán del lector por identificarse con cada experiencia de lectura.

Con el personaje Alfonso Romero y Flores, surgen los conflictos, tensiones y frustraciones internas debido a su condición de ser mestizo en una sociedad llena de discriminación. Icaza describe de manera cruda el rostro de la realidad nacional y una imagen verídica del medio quiteño con gente despojada de humanismo.

El Chulla Romero Y Flores, novela de tinte social, incorpora el realismo en gran medida, con el tratamiento de temas que no han perdido actualidad como la discriminación social, el desfase entre la realidad y la apariencia en un mundo inequitativo, en el cual el ser humano pierde su condición humana. La denigración es el factor que ayuda para la deshumanización del héroe urbano.

En este trabajo de investigación, por medio de tres capítulos, se hace un análisis a tres aspectos relevantes: por un lado, un sondeo psicológico del Chulla, cuyos intereses étnico-sociales, inciden tanto que prefiere no



reconocerlos y vivir de la apariencia, presumiendo un falso orgullo, una altivez hidalga, convirtiéndose en el ser oportunista que, a pesar de ser vistos como tal, es ignorado y cruelmente rechazado por otros, porque el disfraz en lugar de ocultarlo, delata la falsedad de la apariencia. Por otro lado, se aborda el tema del enmascaramiento para llegar a la individualización del protagonista. En el tercer capítulo se descifra lo peyorativo en los personajes de la obra y la perspectiva de deshumanización. Esta situación conlleva a desentrañar una suerte de separatismo social y cultural que emerge desde distintos ángulos, unas veces desde el Poder establecido y otras desde la iglesia y la sociedad en un ámbito urbano-marginal.

En la obra hay un desfile de personajes y personalidades que cumplen a plenitud su categoría dentro de un estatus social, difícil de transgredir. En este sentido, los personajes contribuyen a marcar las diferencias sociales provenientes de las brechas económicas de nuestra sociedad, de la época en la cual Icaza contextualiza la obra.



CAPÍTULO I

JORGE ICAZA: SU NARRATIVA SOCIAL

1. REALIDAD SOCIAL ICACIANA

La literatura ecuatoriana de la década del treinta al cincuenta, se caracteriza por ser esencialmente costumbrista. Su pretensión de “atrapar” la realidad la liga a los sucesos nacionales, con narraciones que permiten vislumbrar cómo es la vida del ciudadano corriente, del hombre que hasta ese entonces no formaba parte del imaginario literario: el indio, el montubio, el negro, etc. En este sentido, Icaza, uno de los más destacados escritores de la época, trabaja en su obra, además de la imagen del indio, la imagen de idiosincrasia criolla, que modela hasta darle forma literaria. A su vez, traslada al lector al escenario con descripciones vívidas y un cuidadoso trabajo en el campo lingüístico: sus personajes se expresan tal como lo hacen en la vida real.

El ejemplo más representativo de este tipo, dentro de la obra de Icaza, es la novela que nos proponemos analizar en este trabajo: *El Chulla Romero y Flores*, escrita en 1958. Esta se ubica en el contexto de la narrativa urbana y capta el mundo urbano-marginal de Quito como el espacio de encuentros y desencuentros frente a otros que representan los espacios hegemónicos del poder.



El Chulla Romero y Flores, a través de siete capítulos, alterna la narración de hechos y la descripción de lugares y personajes, para construir un imaginario 'social' en relación con una identidad específica: la del mestizo; del mismo modo, busca demostrar desde la "diferencia" la existencia de la "multiplicidad", elemento indispensable en la consolidación de la identidad del protagonista dentro de una sociedad en movimiento.

El mundo social, la pobreza, el hambre, la injusticia, los prejuicios, forman el mural de ficción icaciano en cuyo trasfondo se encuentra el indio y su diario vivir. Casi todo su quehacer literario tiene al indio como protagonista y la explotación de éste como tema central. Así *Huasipungo* presenta un grito de protesta por las injusticias tanto en el plano moral, como espiritual y material que han sufrido nuestros indios (Pesantez Rodas, 378). En *Las calles*, el autor describe el éxodo del indio a la ciudad, donde sufre también explotación y discriminación; sus personajes en buena parte proceden del campo (Corrales, 188). En cambio, en *Cholos*, se muestra el conflicto del mestizo bastardo, desubicado y en continua búsqueda de identidad. Por otro lado, en *El Chulla Romero y Flores* está la picardía, la parodia y la aventura del mestizo que busca pertenecer a la aristocracia, pero que termina en su mismo medio; todos los personajes pertenecen al mundo urbano (Corrales, 188). Estos personajes demuestran que la denuncia del indio está escrita con vehemencia y la indignación produce la injusticia en todo hombre probo.



El país todavía es un castillo de injusticias, un paraíso de anomalías sociales y económicas, una lucha de las raíces conservadoras coloniales y colonialistas que propugnan estatus sociales, en cuya pirámide, el indio aún es la base de la explotación. En este paraje, Icaza hace su incursión con *Huasipungo*. Se inicia entonces en el problema de las masas indias y, sin abandonar esta temática, introduce lo individual pintando la existencia de un mestizo en constante disyuntiva, al presentar un nuevo prototipo de personaje en el *Chulla Romero y Flores*.

Transcurridos todos los eventos de cambio y transformación en los cuales las antiguas generaciones han plasmado sus vivencias, es indispensable avanzar con nuevas formas culturales. Hechos como la migración, los cambios económicos, el trabajo, los conducen a formar parte de otro nivel en construcción, que refleja un sujeto distinto capaz de representarse así mismo en una sociedad.

En una democracia en la que el origen étnico ha influido en la formación de las clases sociales, el relato de Icaza es eminentemente realista y social. Jorge Adoum sostiene que “la narrativa realista –y dentro de ellas, la ecuatoriana– tiene vigencia como testimonio de una realidad y existe como una literatura diferente, que correspondió a un momento y que, por lo mismo, ya no puede constituir ni un modelo ni una tradición” (Adoum, 190).



Icaza posee un amplio conocimiento de la idiosincrasia nacional y sus matices, gracias a lo cual describe con precisión la estructura del país; detalla los ambientes sociales y sus personajes, a través de los cuales tipifica las diferentes clases. Su estilo es directo y se concentra en la miseria de la vida.

Icaza muestra algunas perspectivas de la estructura social; éstas se basan en la injusticia, el desprecio, los rasgos de identidad que configuran al protagonista de la obra:

Ante el fracaso, en un arranque de heroísmo para salir del anónimo, Romero y Flores se entesó en actitud de desafío:

-¡Soy el fiscalizador! y distinguida concurrencia con ese automatismo violento de volver la cabeza para castigar al atrevido...¡Está borracho!, ¡Quién es para gritar así en un salón! ¡Cholantajo! ¡Atrevido! ¿Por qué no le echan a patadas? ¿Fiscalizar? ¿A quién, cómo, por qué? ¡Somos los amos! ¡Dudar de nosotros es dudar de Dios, de la patria, de todo...! ¡Una propina para que se calle! (Icaza, 84).

La novela conlleva una tremenda dosis de denuncia al sistema burocrático del país de aquella década. Pues las maniobras están en evidencia. Claramente se puede descubrir cómo se consiguen puestos, qué pasa cuando un empleado público quiere ser honesto, los prejuicios y las



máscaras de los ciudadanos en todas las escalas sociales. Refleja toda la angustia, las aspiraciones, en fin, la peripecia humana.

2. INFLUENCIA DEL MESTIZAJE EN LOS PERSONAJES DE LA OBRA

2.1. ANTECEDENTES DEL MESTIZAJE

Con Icaza, se inserta en la narrativa de los cincuenta, una nueva cosmovisión que representa al Ecuador de aquella época con todas sus características, conflictos y estigmas. El mestizaje que se desarrolla en líneas amplias en *El Chulla Romero y Flores* es evidente. El autor contextualiza los hechos, las personas en relación con el ambiente y el espacio, al respecto apunta Arturo Andrés Roig: “el escritor lo es de su tiempo y de su época, pero también para su tiempo y su época” (222). Desde esta perspectiva, no solo escribe, sino propone una revisión al mestizaje que está en boga en aquellos momentos. Y lo hace sin miramientos.

Al hacer una revisión histórica al tema del mestizaje, Juan de Velasco sostiene que “la estructura social estaba conformada, por *españoles, mestizos, indianos y negros*, entrando en esta última pocos mulatos y zambos” (Guerra Bravo, 98) Ya en el siglo XVIII el padre Juan de Velasco ratifica la estratificación del mestizaje hasta entrado el siglo.



El término mestizo originalmente se aplicaba a los hijos que resultaban de la mezcla de un amerindio y de un europeo (indígena más español). Esto viene a raíz de la llegada de los europeos a tierras americanas, que terminó en la segunda mitad del siglo XVI. Tras el encuentro entre españoles e indígenas, el número de mestizos fue creciendo poco a poco y tomó importancia a lo largo del siglo XVII. Las personas de esta clase no podían acceder a cargos públicos, ejercer la profesión de armas o ingresar al sacerdocio.

A medida que la población indígena fue disminuyendo, el grupo de los mestizos se convirtió en la mano de obra de las haciendas de la aristocracia o prestó servicios domésticos en las ciudades.

El concepto de mestizo excluye, por definición, la noción de pureza, reservada al blanco, al indio y al negro, lo que lleva a un innegable sentimiento de inferioridad racial y de violencia. Con esto, muchas de las veces los mestizos buscan ser lo que no pueden ser, construyen una máscara que muestra un ser “otro”, a la vez que esconde el ser real. Al tratar de discriminar al otro, no se dan cuenta de que ellos mismos se discriminan por el hecho de pertenecer a esa realidad donde se encuentran inmersos.

Una muestra de ese sentimiento de inferioridad, dentro de nuestra nación, se halla en la tendencia a atribuir, como si fueran rasgos de una identidad múltiple, los que solo pertenecen a un individuo de una manera aislada. Este



sentimiento, generalmente mestizo, es más grave cuando se resuelve en la negación del ser, por sí mismo o por comparación.

Esta suerte de cartografía concerniente al mestizaje se puede apreciar con más detenimiento en la obra *El Chulla Romero y Flores* de Jorge Icaza. El estudio del origen y el desarrollo del mestizaje va a posibilitar contraponer la visión trágica a todas aquellas que, en la actualidad, quieren hacer de este fenómeno problemático, el eje de la cultura latinoamericana.

Jorge Icaza y José María Arguedas entienden al mestizaje como una “heterogeneidad cultural negativa” (Paz, 19), que tiene que ver con procesos propios que tuvieron y tienen lugar en la región andina y esto hace relación a la presencia de cuatro experiencias históricas: lo aristocrático terrateniente, lo comunitario indígena, lo oligárquico burgués y lo cultural mestizo, que pugnan por la condición de lo social en la región.

El tema del mestizaje está aún latente. En el discurso oficialista en nuestro país se mantiene. El Ecuador es un país que se cataloga en un 65% de raza mestiza, según el último censo de 2010. Como se puede ver, el tema no está cerrado.

2.2. EL MESTIZAJE EN LOS PERSONAJES DE LA OBRA

Icaza en *El Chulla Romero y Flores* da cuenta de una sociedad mestiza y originalmente agrícola que considera su condición racial como un pecado



original. Este estigma es un obstáculo a sus aspiraciones de trascender. Esto explica la actitud del chulla: no quiere que nadie conozca su ancestro y mucho menos que es ilegítimo, pues bulle en su cuerpo sangre india. Por lo que decide vivir en un mundo de apariencias.

La condición de indio o de mestizo ocasiona desprecios, lo que impide el progreso humano. Doña Francisca, para defenderse de las insistencias de Luis Alfonso en fiscalizar las cuentas de su esposo, no duda en humillarle al recordar al padre del Chulla: “los amigos le perdonamos todas sus flaquezas, menos la última. -¿Cuál? –El concubinato público con una chola. Con una india del servicio doméstico. ¿No es así, joven?”, preguntó con ironía doña Francisca” (Icaza, 85). Esta contrapartida que no se esperaba el Chulla, pone en evidencia sus debilidades frente a un ego muy elevado.

En la literatura y sociología nacionales la figura del *chulla* representa dos razas: la española y la india, en el ambiente caótico de una sociedad en formación. Icaza describe con patético realismo el espíritu del chulla como “un paño de la sociedad quiteña en todas sus escalas sociales y económicas que conlleva una dosis de denuncia, en un entorno degradado, cubierto de ecos de apariencias, cuyo principal fin es codearse con las grandes familias adineradas para lograr escalar en la pirámide de posiciones” (Sacoto, 110). Pretende con la ficción ocultar la realidad que aborrece, como manifiesta Eduardo Contreras, dueño de la casa de disfraces: “Nadie quiere saber nada con los disfraces de su propia pequeñez” (Icaza, 108).



A través de la ficción, Icaza va tejiendo la telaraña en la que se mueve el personaje del mundo urbano capitalino. Junto a este ser dividido, está toda una ciudad también cortada en dos mundos: uno real y otro irreal. El primero está construido con lo que se es; mientras que el segundo, con lo que se pretende, se desea o se cree ser. Las páginas de Icaza son evidencias de su tiempo, su estética y su posición moral; sin embargo, el drama del Chulla Romero y Flores se ha convertido en un problema de masas, porque la crisis de identidad no es un problema que afecta sólo al chulla, sino a una sociedad entera aunque, nunca hay conciencia para poder reconocerse. En este contexto, el chulla es un representante de la sociedad quiteña, un ser que adopta estereotipos. Tiene su propia filosofía, aprendida sin disciplina en el ambiente de la calle, del barrio y de las lecciones del diario vivir, llenas de pobreza y adversidad.

La descripción del mestizaje y sus peculiaridades se ilustran al tratar de ocultar su ancestro indígena con la transformación del modo de vestir. Luis Alfonso utiliza un frac estilo lord inglés para el baile en la embajada y Rosario, una vestimenta al estilo princesa. Impresiona con sus modales de fiscalizador; finge tener amistad con lo más connotado del país. Así, el empleado de don Ramiro Paredes y Nieto nombra a banqueros, militares, políticos, previniéndole de ellos; el chulla le responde que les conoce y que todos son sus amigos.



Alfonso Romero y Flores, nombre pomposo para tan desconocido e insignificante ser, representa al tipo social del oportunismo, al verdadero chulla que sólo aspira a ascender, ostentando levita y pañuelo de seda al pecho, luciendo un clavel a la solapa y un prendedor de piedra falsa en la corbata a modo de uniforme, todos signos de distinción y responsabilidad.

Romero y Flores, hombre ingenioso, atrapado en una realidad de apariencia a la cual aprendió a adaptarse desde que nació, se mueve en un desfase social. Vive entre dos mundos contrapuestos: por un lado, el de Majestad y Pobreza, que representa la dominación, la prepotencia y los principios; y, por otro, el de Mama Domitila, que representa el temor, pero también el cariño. Es un personaje que representa la construcción de un sujeto, cuya ideología y vivencias son el eje de una ruptura con sus antepasados. Su forma de pensar y luchar contra las injusticias de la época lo hacen un ser rebelde, que según las circunstancias toma diversas representaciones para lograr sus propósitos, pero, al final de cuentas, lo único que logra es encontrarse con su verdadera identidad y origen.

El autor caracteriza a través de sus personajes a las clases sociales y sus marcadas diferencias. Doña Francisca, por ejemplo, demuestra un profundo desprecio por la clase media; doña Encarnación, por su parte, se aferra a nombres y apellidos de la nobleza, al tiempo que encarna las aspiraciones palpitantes de la clase media; mientras que Rosario comparte y es cómplice de las limitaciones y el *modus vivendi* del chulla. Del mismo modo, Doña Victoria, la mamá de Rosario, no pierde de vista la apariencia de la clase



media, ya que desde el inicio de la relación afectiva de su hija con Romero y Flores, hace evidente la necesidad de solapar la realidad de ese bajo mundo: “Pero en realidad, su madre –doña Victoria a quien amaba a la medida de una burla sin control, por aquello de rancio y campesino que distinguía a la señora- constituía una horrible amenaza: la soledad, la mujer separada del marido, la chullita de farra, la agonía de las horas precarias y sórdidas en dos cuartos” (Icaza, 91).

El submundo de Doña Camila transcurre bajo las mismas premisas que la realidad de Doña Victoria: viudas de militares, su situación contrasta con las costumbres conservadoras del barrio. La puerta de acceso a la amistad del chulla con Rosario Santacruz, se inicia con la farra desenfrenada a la que llega el chulla por accidente, sin ser invitado. El cortejo tiene como trasfondo la rimbombante presentación de Luis Alfonso Romero y Flores, con eres marcadas. De esta forma, el personaje hace alarde a su doble apellido, eso de Romero y Flores, aunque nadie lo note.

A lo largo de la obra hay un desfile de personajes que comparten el submundo. Cada uno de ellos ayuda a fortalecer una clase social identificada, pero que al inicio se ven despreciados e ignorados por el chulla. Pese a que el tiempo transcurre, de ellos recibe la solidaridad en los momentos cruciales en la vida del chulla. Gracias a ellos, Romero y Flores encuentra, al final su propia identidad, reconociéndose y aceptándose como uno más de su clase: “Tragándose las lágrimas pensó: “he sido un tonto, un



cobarde. ¡Sí!. Les desprecié, me repugnaban, me sentía en ellos como una maldición. Hoy me siento de ellos como una esperanza, como algo propio que vuelve” (Icaza, 246). He ahí que la vida es un proceso cíclico.

3. CONSECUENCIAS SOCIO-CULTURALES DEL MESTIZAJE EN EL CHULLA ROMERO Y FLORES

El ámbito social y cultural de un pueblo tiene incidencia en el modo de pensar, de sentir, de vestirse y desenvolverse de cada uno de sus integrantes. La delimitación de espacios contrapuestos se convierte en obstáculo a vencer para lograr el ascenso. La sociedad quiteña de la época se presenta impermeable. El muro es cada vez más infranqueable, lleno de escollos. Las puertas se cierran ya que el acceso está vedado para los integrantes del submundo en el que se mueve Romero y Flores y la galería de personajes que lo acompañan en ese trajinar cotidiano. Esta suerte de lucha constante hace visible el proceso de mestizaje marcado en la sociedad quiteña. La relación de Domitila y Miguel, padres de Luis Alfonso, representa la paradoja de una sociedad contradictoria: aunque encarnan polos opuestos, se atraen y, a la vez, se ocultan, porque su relación es transgresora del orden de cosas. Frente a esta realidad, el chulla es la “metáfora de ese proceso de mestizaje, combinación no buscada, que a su vez da paso a otros mestizajes, que el mismo chulla tendrá que enfrentar” (Serrano, 191).



En *El Chulla Romero y Flores*, Icaza describe una sociedad mestiza que considera el tener sangre india en sus venas un pecado original y, por lo mismo, trata de ocultarlo y erradicarlo de sí, y sustituirlo por una soñada nobleza: “- fuimos amigos en un tiempo. Muy amigos. Antes de lo... Eso... Eso fue imperdonable. No tiene nombre –comentó la esposa del candidato... -Bueno no es para tanto... -murmuró doña Francisca...”. (Icaza, 82).

En la novela de Icaza veremos que este chulla es un mestizo acosado tanto por las voces españolas de su padre, como por las indígenas de su madre; que recurre a astucias para dar grandes apariencias no sólo económicas sino, a veces, de nobleza. Se avergüenza de su sangre india y se aferra entre otras cosas a su doble apellido que le otorga una pretendida aristocracia de sangre española.

El chulla es un caminante con aspiraciones, prófugo de su condición mestiza cuyo afán de figurar en un grupo social al que no pertenece revela el conflicto de identidad dividida y enajenada, “se ampara en sus cantinas, se extravía en sus laberintos, se agobia entre sus montañas y se oculta en sus noches” (Egüez, 338).

La novela conlleva una tremenda dosis de denuncia al sistema burocrático del país. Los puestos se consiguen por medio de coimas. La honestidad pierde sentido frente a la realidad cotidiana. El hecho de ser un empleado público le coloca en una situación de farsa, pero las cosas se mueven en



este ámbito, por ello, como empleado público, Luis Alfonso Romero y Flores quiere ser honesto en todo momento, pese a que las voces de su conciencia le incitan a aceptar la dádiva: “sintió que la sombra de mama Domitila le obligaba a estirar el brazo hacia el dinero: “Agarra nomás guagua. Corre como longo de hacienda, sin decir gracias como si fuera robado” (Icaza, 165). El autor de la novela propone un estereotipo de una condición social marcada por la realidad que le circunda, haciendo evidente los prejuicios ligados a su origen.

Los prejuicios de los ciudadanos en todas las escalas sociales, provocan la angustia, las fobias ante las aspiraciones humanas. Esta afirmación demuestra Icaza en su personaje protagonista. Luis Alfonso Romero y Flores se siente humillado públicamente ante las palabras desmedidas de doña Francisca, quien hace alarde del nombre de Miguel Romero y Flores como “un caballero de la aventura, de la conquista, de la encomienda, de la nobleza, del orgullo, de la cruz, de la espada (...) fruto de amor ilegal, mezcla con sangre india” (Icaza, 84-85). Estos epítetos calan hondo en la conciencia del chulla despertando su deseo de venganza, no de la mujer sino de la clase que la representa.

El Chulla culturalmente es un mestizo, pero aparenta ser un aristócrata dentro de un mundo de apariencias. Quiere proyectar sus raíces españolas con el alarde de su apellido sonoro, pero pesa igualmente la sangre india de



su madre. El escritor convierte este hecho étnico en una metáfora: Majestad y Pobreza. Estas dos realidades viven en contraste y en constante lucha.

La historia de la literatura española del siglo XVI, recoge la realidad de un mundo de apariencias que se encarna en las luces de la alcurnia y refuerza su linaje frente a la sociedad que espera ver con ansias a un nuevo ser emergido desde lo más bajo de la condición social. El Lazarillo de Tormes es el mejor ejemplo de un personaje que vive una escala social en ascenso. Junto a él, los distintos amos son la demostración de un orden social que, para sobrevivir, recurre a toda clase de artimañas. Los medios de los que se valen para solapar la miseria son múltiples, ya que encubren la servidumbre y sus desdichas, el resentimiento y la venganza, la mentira y la estafa, la ausencia del honor, la lástima indulgente de la gente. De la misma manera que en *El Lazarillo de Tormes*, de autor anónimo, la novela de Icaza presenta la contraposición de dos realidades vitales: Majestad y Pobreza.

Esta dualidad vive de manera omnipresente en el chulla. Icaza sutilmente caracteriza dos mundos antagónicos y reales de la sociedad ecuatoriana. Majestad y Pobreza conviven pero se repelen a la vez. Fruto de esta mezcla indeseada surge un nuevo tipo social: el chulla. Este personaje no tiene personalidad definida y cada día siente que tanto el uno como el otro marcan su vida. Esta circunstancia de falta de carácter, hace de Romero y Flores un ser frágil y voluble. Majestad y Pobreza se imbrican pero no se reconocen públicamente; sin embargo, el fruto, luego de una lucha constante, se acepta



como tal. Esta caracterización que otorga Icaza a los padres del chulla no ha perdido vigencia, ya que no es posible entender una sociedad sin prejuicios sociales como estereotipos.

CAPÍTULO II

EL PERSONAJE MÁSCARA: PÉRDIDA DE IDENTIDAD

1. EL INDIVIDUALISMO A TRAVÉS DE LA MÁSCARA

La máscara en Icaza alude a dos perspectivas: al disfraz y al discurso encubierto en los personajes de *Chulla Romero y Flores*, que en cierta forma, asumen desde la oralidad una máscara para ocultar su identidad. El motivo del disfraz sirve a Icaza para realizar un inventario de una sociedad en decadencia que existe y sigue sobreviviendo. Lo explícito de cada uno de los personajes es una invitación hacia lo implícito, es decir, la jugada en la que enrola al lector, le vuelve cómplice de una realidad enmascarada.

Detrás del disfraz, los personajes de *El chulla Romero y Flores* disfrutaban de las oportunidades, del momento que da placer. Además el disfraz concede estatus de gente de bien en un aparente orden riguroso. El disfraz bien llevado sirve para ocultar su origen étnico y su procedencia; aunque la sociedad los ve como seres despreciables, una lacra que se debe ocultar, de aquí surge el afán constante de fingir.



La galería de personajes que describe Icaza, resume una suerte de cadena generacional. Así, Mama Encarnita propietaria del inmueble donde se aloja el chulla, lleva la vejez con dignidad, aunque su vida pocas veces tuvo matices de solidaridad y buen nombre. La vida se compara con la materialidad de la casa, la cual alberga solo la vetustez:

Bastante deteriorada como su inmueble, cubría sus manchas y desperfectos físicos con buena capa de afeite: fondo de blanco como de yeso, tizne de corcho quemado en las cejas, colorete de papel de seda en los labios y en las mejillas, polvo de arroz hecho en casa para aplacar el brillo de las pomadas. Teñíase el pelo en negro verdoso. Le gustaba hacerse copetes altos, fuera de moda(...) Combatía los malos olores echándose agua de Florida en los sobacos(Icaza,125-126)

Por otro lado, doña Camila tiene doble discurso: ante los ojos de la sociedad de raigambre aristocrática –en apariencia–, es una señora de la alta sociedad, viuda que ostenta las ideas liberales alfaristas de su difunto marido, el Teniente coronel Luis Ramírez; como abnegada madre, busca el mejor partido para sus hijas. Mientras que el otro discurso es el de una mujer de personalidad farrandera, empeñada en tener concurrencia en su casa. Su donaire hace creer a los convidados que todos participan del enmascaramiento. Así, en el momento de despedir la visita del chulla, la matrona recibe sus elogios: “una fiesta inolvidable, exquisita. Algo digno de



su alcurnia (...) Qué finura, qué cosa distinguida” (Icaza, 101). Una vez más, el nombre de Romero y Flores adquiere connotación de alcurnia y una buena oportunidad para casar a sus hijas con el recién llegado. La síntesis de esta noche desenfrenada se reduce al disfraz de los asistentes: sombrero, paraguas y abrigo.

Otro de los personajes de *El Chulla Romero y Flores*, personaje femenino nuevamente, vive del mundo del qué dirán. Doña Victoria, como madre de Rosario, se empeña en ocultar tras una máscara el bienestar de su hija: “como madre y mujer, Doña Victoria era la única que intuía la tragedia sexual de su hija (...) y buscaba disiparla en cualquier forma -visitas a viejas amistades, recorridos cotidianos por iglesias y conventos, paracaidismo en matrimonios, onomásticos, bautizos, velorios-” (Icaza, 92). El disfraz de la palabra en Victoria da efectos envidiables.

Icaza en el tema del disfraz muestra una estratificación del color y del símbolo para “cubrir a medias el vacío angustioso de las gentes que no se hallan en sí” (Icaza, 107). Los gustos y exigencias un mundo de apariencias se sintetizan en una palabra que simboliza una clase, una posición social de más a menos; de extranjerizante a nacional. Así el detalle dice todo: “coronas, copetes, aureolas, entorchados, botones, laureles, medallas, títulos hasta llegar a payasos, arlequines, frailes, generales, piratas, monjas, etc.” (Icaza, 107). Por otro lado, confronta el autor con el rincón de atavíos nacionales y en él, la identidad de Majestad y Pobreza. Esta antítesis representa un sincretismo de valoración a la cultura extranjera por sobre lo



nacional, de alta y rancia aristocracia a la pseudo clase social echada de menos. El disfraz concede la oportunidad que la vida les niega.

Rosario como personaje joven, objeto de la lascivia, reúne las características de mujer cosificada. Comparte la máscara ante el infortunio de su origen humilde. Encubre su deseo de alcanzar una alta posición social, con la explotación de su cuerpo, ya que “creía en la gracia y atracción de su cuerpo para salvar el porvenir y asegurar el futuro” (Icaza, 89). Ante la creencia del éxito por su juventud y belleza, los hechos resultan a la inversa; su primer fracaso tiene un nombre: Reinaldo Monteverde, pequeño comerciante que se presenta bajo la máscara de millonario en ascenso. Los límites del amor duradero y el deseo sexual de su pareja conllevan a una inminente separación. La actitud de emancipada que asume de este momento en adelante, marca una nueva pauta de vida y se siente una pecadora.

Luego de conocer a Luis Alfonso Romero y Flores, el recelo está presente en ella, sin embargo, la fuerza del deseo la hace presa inmediatamente. La pasión le envuelve. Por más que creía ver en el chulla al “baboso, asfixiante, cruel” (Icaza, 100), termina en su lujuria oculta y se presta a compartir la máscara que los encubre ante los ojos de la sociedad a la que asisten. Convince Luis Alfonso a su nueva conquista para asistir a un baile del círculo social, de la alta sociedad. Hábilmente consigue una tarjeta de etiqueta y luego, el consabido disfraz de distinguido, un frac de Lord inglés; ella, presume de Princesa. El nombre que les individualiza sirve, una vez



más, para asumir doble enmascaramiento: en la fiesta es el caballero y fuera de ella, como tal, invita a su dama a acompañar al supuesto castillo. Ella por su lado, acepta y asume esta nueva personalidad. El disfraz sirve para anular una realidad pasada y dolorosa; se presta para el juego que da la vida, pero al final, las consecuencias también son funestas. En este doble juego, ambos pierden.

Finalmente, Luis Alfonso Romero y Flores refleja el arquetipo de la máscara, encerrado en un disfraz que lo aleja de la realidad, aunque le parezca algo incómodo, “descendió del vehículo doblando y desdoblando cuidadosamente su alargada e incómoda figura de lord inglés” (Icaza, 110). Con este donaire el chulla cree alcanzar la gloria, transmite este espejismo a su querida Rosario al decirle “Estás hecha un cielo” (Icaza, 111). Frente a las miradas acusadoras, respira un aire de alta nobleza y el subconsciente exhorta a pensar que simplemente lo que les encubre su farsa son los trajes de Contreritas.

2. PERSPECTIVAS DEL ENMASCARAMIENTO

Con el enfoque urbano de la obra, Icaza en *El Chulla Romero y Flores*, presenta la sociedad bajo el manto de la máscara. Los personajes que encubren al protagonista, se encubren de igual manera, como tratando de atrapar al lector dentro de su mundo escondido. Aparecen entonces la vivienda de doña Encarnación, la casa del ropavejero, la oficina del fiscalizador, espacios que enhebran con la identidad del chulla. En este



paraíso circundante y andante, “el chulla dialoga con la urbe y consigo mismo, pues la mirada lo proyecta en sus reflexiones sobre la identidad, en sus dudas y en sus apariencias” (Egüez, 337). Es ahora él y sus circunstancias.

La vivienda de doña Encarnación Gómez, en la que tiene alquilado un cuarto el chulla, es una casa mestiza no sólo por los rasgos con los que describe el narrador, sino también porque lo expresa: “La propiedad de dicha señora exhibía hacia la calle un rostro de muros hidrónicos, de estrechas ventanas de reja, de amplios aleros de carrizo, de puerta exterior con postigo tachonado de aldabas y clavos herrumbrosos –mestizaje de chola, convento y cuartel” (Icaza, 125).

Parecida es la descripción de la casa del ropavejero Eduardo Contreras: “-ventanas bajas, puerta de calle de portón de hacienda, zaguán de niveles sumergidos, patio húmedo con tiestos de claveles y geranios-. Golpeó suavemente en la primera puerta del descanso de una ancha grada de piedra” (Icaza, 104). Este personaje que es el símbolo de la crítica a sus propios conciudadanos, también tiene el afán de ocultar los rasgos indígenas que todos poseen: “Nuestra cáscara típica. Desgraciadamente...Nadie quiere saber nada con los disfraces de su pequeñez” (Icaza, 108).

Para el Chulla, este problema racial es un obstáculo a sus aspiraciones de alcanzar un estatus que él, indirectamente anhelaba. Pues, en la sociedad



capitalina en la cual predomina la aristocracia sobre la condición social empobrecida, causa repudio y desdén, aspecto que crea un conflicto interno en el protagonista. Por otro lado, en el discurso de Doña Francisca, quien no duda en gritarle al flamante fiscalizador, Luis Alfonso Romero y Flores, se percibe ese aire cargado de oprobio hacia el ser humillado desde su nacimiento, ya que, desde la perspectiva de la alta sociedad: “todo le perdonó a su padre menos el concubinato con una chola, con una india del servicio doméstico” (Icaza, 85). Esta frase lapidaria pronuncia Doña Francisca para que escuchen todos sus invitados que el chulla es fruto de un amor ilegal, de una mezcla de sangre india con la pseudo clase aristocrática española.

El desprecio hacia los cholos e indios se refleja en el chulla quien a pesar del ligamento a los de su clase, los desprecia. Desde la perspectiva de gente solidaria, la apertura está presente. Las buenas intenciones de los desposeídos, hacen que el chulla, luego de que ha fracasado, recién los entienda. Esta circunstancia se da al final de la obra; es una especie de ciclo que se cierra.

El Chulla, desamparado por una sociedad regida por el nepotismo, sólo puede reproducir el modelo paterno y medrar gracias a la ceguera de todos, igualmente ocultando su identidad. El complejo racial plasmado por el chulla aflige a todos los allegados al poder, ansiosos de disimular al indio que llevan por dentro, víctimas de idéntica esquizofrenia y obligados a fingir. La



representación de esta sugestión mental resulta tanto más eficaz cuanto que la escritura grotesca desmitifica al paradigma del criollo; el altivo padre del protagonista se reduce a una sombra, unos trapos apolillados en la tienda del ropavejero; los mundos opuestos de los pudientes y de los desheredados interactúan aun cuando procuran ignorarse.

En *El Chulla Romero y Flores*, Icaza aboga por el mestizaje, la aceptación de la otredad y reivindica al pueblo como irreductible fuerza de resistencia. La novela concreta las inquietudes del escritor comprometido en la escarnio de los prejuicios que convierten la realidad en un absurdo. En la problemática de identidad cultural del mestizo, “Chulla” significa impar y remite a una figura picaresca, popular y romántica, objeto de canciones dentro de la mitología de la capital ecuatoriana.

A Icaza le interesa, sin embargo, la incongruencia social y étnica de chulla, sus cualidades tragicómicas, su culto de la apariencia, su inautenticidad. La línea esperpéntica, carnavalesca, que nunca ha estado lejos del autor, alcanza en esta obra máxima realización estilística y subraya cada vez mayor preocupación por el artificio.

La figura de *chulla*, dentro de la literatura ecuatoriana, tiene cabida y representación definitiva en el *Chulla Romero y Flores*. Icaza por única vez, lo introduce como el fruto ambivalente y complicado de dos razas, la española y la india, unidas en fortuito encuentro en el ambiente caótico de



una sociedad en formación. Esta situación, desgarró el espíritu de chulla en combate interior. El autor describe con patético realismo: “es el hijo de la chingada en su versión andina (...) es un ser escindido, una máscara que también es rostro, un ser incapaz de integrar, de incluir, pues lleva la exclusión en su propio ser.” (Arcos, 410). Es la constante lucha de su ancestro indio, humillado y mutilado frente a los alardes de Majestad y Pobreza.

Este personaje demuestra una constante lucha por reprimir su herencia india de “mama Domitila” y exaltar su herencia española, con el propósito de rodearse entre los del mundo social, económico y pudiente del Ecuador. Camina ciegamente hacia falsas metas aristocráticas, cuyas alas las corta doña Francisca, la vieja con ‘cara de caballo de ajedrez’, al anunciar en alta voz que el fiscalizador es hijo de Miguel Romero y Flores y para completar, es fruto del concubinato con una chola, presentándolo así a sus invitados de la fiesta.

Los personajes de *El Chulla Romero y Flores* pretenden con la ficción, ocultar la realidad que les avergüenza. No se conocen los orígenes étnicos de Encarnación Gómez, pero el afán por ‘blanquear el cutis’ delata la vergüenza por alguna ascendencia indígena, sentimiento compartido por la mayoría de los mestizos en una sociedad que pregona la blancura como incuestionable valor físico y moral. Los rasgos físicos de Morejón y Galindo, Guachicola, connotan de forma inequívoca la filiación étnica, mestiza, india o



africana. Estos personajes asientan sus pies en otros mundos porque lo que más temen es ser descubiertos; prefieren ocultar con una ilusoria grandeza.

El protagonista está listo para integrarse en la comedia gracias a sus “automatismos de actor cómico”. Carece de una profundidad psicológica; representa al tipo social del oportunista, el verdadero chulla que solo aspira a ascender, ostentando una levita o un frac a modo de uniforme. Representa la distinción y la respetabilidad.

El chulla representa una comedia que puede ser definida como la comedia del Poder; así lo expresa el crítico español Francisco Ferrandiz Albornoz: “El Chulla Romero y Flores, es una lucha permanente entre el querer y el no poder y el poder y no querer. Quiere ser un personaje, pero su pobreza lo delata y no se le concede acceso a los centros de la llamada alta sociedad (...)”. (Aguilar, 59). Este personaje se identifica por su noble alcurnia gracias a su doble apellido, Romero y Flores, pero frente a la hipocresía de quienes conocen su origen, la identidad es motivo de escarnio.

La mofa hacia la clase media ofende a personajes como la organizadora de la fiesta, doña Camila, la huésped de Encarnación Gómez. Estas mujeres son inmutables e insignificantes, exentas de complejidad psicológica; solo pueden aparecer como seres jocosos que duplican la farsa de la primera fiesta: “Doña Camila creyó entonces oportuno y aristocrático brindar un ‘vinito hervido’”. El chulla es oportunista pues sabe manejar su estampa y su



nombre, al hablar de noble alcurnia, alardes de generosidad vacía. Con inaudita habilidad de pícaro explota el lado de débil de los otros.

Todo este perspectivismo del chulla y su mundo, refleja a una sociedad que constantemente desea disfrazarse o aparentar ser lo que no es, encubriéndose bajo la opacidad del eterno engaño para alcanzar un estatus social acorde a las circunstancias que el espacio exige.

Por otro lado, Rosario es un personaje casi tan desarrollado como el chulla, conlleva también la infatigable y perenne lucha por librarse de los mismos prejuicios que le atormentan al chulla Romero y Flores, además de los suyos por ser una mujer sola en un ambiente cerrado y tradicional. Rosario aparece como el tipo femenino tradicional: Rosario Santacruz “huérfana de un capitán en retiro (...) creía en la gracia y en la atracción de su cuerpo para salvar el porvenir y asegurar en futuro” (Icaza, 89). Sin embargo, una experiencia trágica de su primera noche de bodas, le obliga a tomar conciencia de su situación y a escoger entre una vida que no podía ser placentera por la brutalidad de macho insatisfecho, o huir de esa realidad rompiendo los moldes estructurales de la sociedad. Aunque la sociedad la señalara, ella optó, por lo segundo, abandonar el hogar para buscar realizarse como mujer.

Sin embargo, su madre le advierte la realidad del ambiente hostil que le rodea, e insta a reconsiderar: “No hijita. Eso no. Tienes que pensar dos



veces antes de decidirte. Una mujer que ha roto los lazos de la Santa Madre Iglesia, que es joven, que es buenamoza, que no tiene los recursos suficientes para vivir, que... ¡Jesús! ¡No quiero ni imaginarme!” (Icaza, 92).

De esta manera, Icaza, no duda en presentar desde ópticas diferentes, la distinción de espacios y personajes los que se unen por un lado, y, por otro lado se distancian para demostrar sus individualidades sociales y económicas. Este aspecto obliga a los del submundo a utilizar necesariamente una máscara, la que les prodiga una supuesta inserción en el ámbito en el cual aspiran incursionar.

3. REPERCUSIÓN IDEOLÓGICA

Un hecho histórico trascendental sucede en la América colonizada y traspasa a Ecuador: el discurso de las castas. Al considerar el mestizaje como un “elemento perturbador de un orden colonial concebido en principios, como la convivencia de dos repúblicas separadas, la de españoles y la de indios” (Chaves, 12), este tema se inserta de manera progresiva en el pensamiento sociológico y, con Icaza, se desarrolla en el ámbito literario, a través de un personaje prototipo de este orden social y cultural que emerge en la colonia.

El tema de las castas adquiere connotación en una sociedad urbana en la que conviven los rezagos de la colonia. Icaza no pierde de vista la distinción marcada en la sociedad conservadora de la primera mitad del siglo XX. Es



así como el referente de esta realidad se descubre en los personajes que Icaza propone como una taxonomía clara y concisa. La sociedad capitalina se presenta con sus artificios y disfraces; sus integrantes viven en un ámbito diverso, difuso y enredado.

Las castas sociales están muy marcadas en la historia de la sociedad ecuatoriana, a ello se suma el ámbito económico, el mismo que refuerza esta diferenciación. De esta forma, dentro de las identidades del mestizaje, se puede detectar desde la colonia, la necesidad de diferenciar entre los mestizos que descendían de africanos y aquellos que no, en *La recopilación de las Leyes de Indias de 1680*, se estipula las regulaciones sobre “la vestimenta, el uso de armas, de joyas y los lugares de vivienda, y los espacios que se consideraban apropiados o inapropiados para los negros libres y los mestizos con ancestro africano” (Cháves, 10-11).

Este hecho tiene repercusión en nuestro país. Recordemos que en la provincia de Imbabura, su capital Ibarra, tiene un epíteto que no ha perdido actualidad. El hecho se remonta a la colonización, en la cual el sitio de residencia de los españoles dio como consecuencia el nombre de “ciudad blanca” para diferenciarla de los pueblos dominados, que mantenían su condición mestiza e indígena. Es así como los elementos culturales insertos en la sociedad quiteña, se ratifican en estratos o capas sociales.



En el ámbito literario, en la década del cuarenta al cincuenta, hay una suerte de enriquecimiento cultural desde las letras. De la publicación de la novela *Huayrapamushcas* de Icaza (1948), al *El Éxodo de Yangana* (1949) de Ángel Felicísimo Rojas, existe una diferencia sustancial. La rebelión marca el contenido de la obra; se supera la dominación social y del ámbito rural se proyecta hacia lo urbano. Esta nueva incursión a lo que proponía Icaza se convertirá en la puerta de acceso para que ingrese *El chulla Romero y Flores* en 1958.

El tránsito de una sociedad rural, agrícola y empobrecida en la sierra, se notará en el surgimiento de un nuevo estatus social que irrumpe en el espacio urbano. De esta suerte, los personajes de la novela de Icaza, se identifican y contribuyen a demostrar la ruptura de espacios sociales y geográficos. En el personaje protagonista Alfonso Romero y Flores se descubre un prototipo de clase que la sociedad capitalina quiere anular. Cabe recordar que la transformación social viene luego de la transformación en el orden económico; es por eso que “las nuevas relaciones de producción capitalista dan lugar a determinadas clases sociales. Estas surgen mezcladas, contaminadas con las relaciones sociales precedentes, las que en mucho se basaban en la segmentación social de origen colonial, cuyo cimiento está en la distribución racial del trabajo” (Luna, 168).

El pensamiento de Icaza, a través de su marcado conservadorismo, se manifiesta en cada uno de los personajes de *El Chulla Romero y Flores*. El



autor tiene una propuesta social que se desarrolla en la idiosincrasia de sus personajes: intenta demostrar el determinismo cultural del que no pueden salir sus criaturas. Desde el chulla hasta el último de los personajes deben reconocerse, identificarse y aceptarse en su mundo real, que se cierra en ellos y para ellos.

El personaje chulla siente una desazón de la sociedad de alcurnia. Al vivir en su mundo de desprotección y lleno de privaciones, aspira soluciones urgentes, que le brinden bienestar; pero en este paso inevitable, y al convertirse en intruso, descubre la ruindad de un mundo seudo ordenado y pulcro.

Acostumbrado a moverse en su micro mundo, al llegar a codearse con el Poder, descubre con sorpresa que la sociedad tiene sus tentáculos extendidos. La forma cómo se mantienen en secreto las irregularidades administrativas le asustan y siente que él no está preparado: “el primer ciudadano de la Patria... Oh ¿Y las cuentas atrasadas? ¿Le mintieron en la oficina?” (Icaza, 70). Sorprende sobremanera la falta de congruencia entre los pensamientos y los hechos de tan importantes personajes de la vida pública del país, ya que, ingenuamente “creía en las virtudes y méritos que adornaban a semejante caballero” (Icaza, 70).

En el ámbito ideológico del chulla en un principio está la ingenuidad manifiesta. Luego, cuando se acostumbra a ver esas escenas de



encubrimiento en las que se mueve la esfera económica y social del mundo aristocrático, cambia de mentalidad: se deshace de su personalidad original y aprende de ellos, comienza a vivir aparentando un orden regular y normalizado. A partir de esta primera lección de vida, irá modelando su apariencia frente a las necesidades cotidianas a fin de escalar una posición, aunque solo sea momentánea. Aprende que la ideología inicial, manifestada en la ingenuidad de sus actos, no le conduce a lograr objetivos duraderos. El solapamiento brinda la oportuna solución a sus conflictos.



CAPITULO III

SENSACIONES Y AFECCIONES DE DOLOR Y DESAMPARO DECADENTES

1. LO PEYORATIVO A TRAVÉS DE LOS PERSONAJES DEL CHULLA

Al incursionar en la psique humana, nadie conoce con certeza las sensaciones y percepciones que cada individuo demuestra en el pensamiento y en el accionar en el ámbito social. La condición humana está supeditada a lo económico y a lo social. El comportamiento humano tiene como punto de partida el aspecto biológico, al que se suma el aspecto cultural. De hecho, el ser humano convive en ambientes disímiles y heterogéneos; por esta razón, las diferencias responden a esquemas de comportamiento en relación a circunstancias de todo orden.

El ambiente social del ser humano marca la formación de la personalidad. A esto se suma la educación formal que recibe el individuo para que se fortalezca su forma de ser, actuar, de desenvolverse y de socializar en el mundo en el que se desenvuelve. Esta condición individual y adquirida tiene que encontrarse con su herencia o factor genético. La suma de lo innato y lo adquirido coadyuvan para fortalecer la personalidad. Este hecho se observa en la obra de Icaza al momento de presentar el *modus vivendi* tanto del protagonista como de cada uno de los personajes que conforman el cuadro de *El chulla Romero y Flores*.



Luego de una lectura rigurosa de la obra en mención, desde la óptica de la psicología que se encuentra implícita, es posible ahondar en el pensamiento de Icaza. De la intención sociológica latente, se puede vislumbrar una intencionalidad psicológica presente en la categorización de personajes. Son las escalas del Poder y las escalas de los desamparados, las que dan al lector la sensación de dolor y desamparo en un sentido decadente. Al dolor se suma la miseria; ésta trasciende del simple ropaje que cubre el cuerpo. El hombre pobre siente la miseria espiritual porque se desencadenan los prejuicios, las lacras sociales y la mezquindad en escala ascendente.

Los personajes que se mueven en la obra desfilan en sus respectivos rangos y jerarquías. El círculo cerrado no permite el paso a ninguno de los que aspiran al ingreso. Pero las circunstancias individuales les obligan a descubrirse en cuerpo y alma. La diferencia estriba en que los de la escala social alta se niegan a permanecer en un orden estático; al contrario, manipulan y compran conciencias con el fin de acallar la voz del dominado. El Poder se levanta a toda costa; en este sentido, conviene el pensamiento de Maquiavelo: “el fin justifica los medios”. Esta filosofía de la circunstancia se presenta en los personajes de *El Chulla Romero y Flores*.

La distinción marcada en el espacio geográfico como en el social de cada uno de los personajes de la obra es notoria, esto repercute en el subconsciente de los oprimidos, de ahí que es oportuno que se realice un análisis de cada uno de ellos desde su subjetividad. El espacio con su



cuadro sórdido y desgarrante contribuye a doblegar el espíritu de los pobres del barrio de San Juan Alto.

Desde el inicio de la obra, la presentación del personaje central está marcada por una serie de argumentos tendientes a encubrir la situación de soborno. Guachicola, el amigo de cantinas y burdeles, al igual que el Chulla, en actitud cómplice para declarar al ganador en el concurso, debe encubrir la realidad de la oficina de Investigación económica. Quién triunfa en aparente limpieza del concurso es el chulla, pero sin merecerlo. Luego asciende de categoría laboral bajo la aprobación de don Ernesto Morejón Galindo, precisamente por creer en las palabras del impostor, el chulla, por su condición de parentesco con el 'alto jefe'. De mentira en mentira, se dan los hechos: los sobornos y los encubrimientos ocurren a diario. Además, la falsedad de cada uno de los empleados de oficina se presenta en las páginas de la obra.

Del mundo de las apariencias a la realidad dista mucho. El mundo social de la obra se mueve en virtud de lo pomposo. Así, Luis Alfonso Romero y Flores esconde su verdadera condición e identidad ya que sus "apellidos de la crema y nata capitalina, altisonantes, esconden su verdadero estrato humilde, es un simple empleado en la oficina de Investigación Económica" (Sacoto, 259). Icaza recuerda a manera de advertencia que la sociedad tiene su lado sórdido y que, si se aprovecha oportunamente, los resultados son evidentes.



Luis Alfonso Romero y Flores es el personaje peyorativo, relevante de la sociedad quiteña en la década de los cincuenta, con sus características de “cinismo habitual, encubridor de ignorancia y chabacanería cholas –afán desmedido y postizo por rasgar las erres y purificar las elles-” (Icaza, 64-65). Reencarna los conflictos, tensiones y frustraciones internas, al momento que “sintió que zozobraba en un oleaje de miradas adversas, de murmullos que despedían toda la pestilencia que deposita en las almas el esbirrismo de un trabajo inseguro, liquidable, canceroso” (Icaza, 66). La realidad discriminatoria en la que vive le lleva a adoptar una posición de enajenación.

El chulla tiene un ámbito de descaro, otorgado por el factor herencia. Por un lado, están las lecciones de Mama Domitila, quien le actualiza la presencia del padre “que inyectaba cinismo y audacia de “patrón grande, su mercé” en el chulla” (Icaza, 109) y por otro lado, el factor social, de la audacia para presumir aires de grandeza y aprovechar toda ocasión. Gracias a un espíritu altivo para escalar e intentar relacionarse con los de la clase alta, el mundo de los de abajo, como dijera Mariano Azuela, logra hacer presencia, pero revestido con tintes de nobleza.

Los personajes que desfilan en *El chulla Romero y Flores*, a pesar de pertenecer a distintos estratos sociales y culturales, tienen un común denominador: son seres con un matiz peyorativo porque representan en sus respectivos mundos a sentimientos y modos de actuar ruines. Los



personajes cumplen a cabalidad la configuración de individualidades en el papel de prototipos de la mezquindad.

Los actos reñidos con la moral forman parte de la cotidianidad de la obra. La estafa y la mentira tienen asidero bajo diferentes circunstancias. Don Julio Batista y Aurelio Cifuentes, por ejemplo, caen en las provocaciones del chulla, aunque cabe recordar que en esta ocasión, la estafa tiene el motivo noble de solucionar un problema familiar: el nacimiento de su hijo. La ayuda económica socorre en los momentos precisos, pues Rosario estaba a punto de alumbrar a su primogénito. No podría ser de otro modo, el pastel y los recuerdos de porcelana constituyen el pretexto para consumir la estafa, a pesar de que el pastelero ya lo suponía pues repetía en su mente que “lagarto no come lagarto”, (Icaza, 183), sin embargo, las palabras dulces y persuasivas convencen finalmente.

El mundo de las apariencias y los despojos, de la realidad y la farsa sirve de ingrediente para desarrollar el submundo y la caracterización de personajes tendientes hacia lo peyorativo y la ridiculez. Toda condición social tiene sus huellas impregnadas en la materialidad de los hechos: así, se descubre la máscara que encubre no solo al chulla, sino a todos; es una forma discreta de aparentar opulencia, linaje, nobleza, poder, caballerosidad en los actos, pero lo primero que salta a la vista es la apariencia: “usura en opulenta línea de financiero, contrabando envuelto en diplomáticas condecoraciones, caciquismo almidonado de omnipotencia democrática, calentura tropical



ceñida a la más grotesca etiqueta palaciega- (...). Todos embutidos en su disfraz” (Icaza, 111).

La obra en sí inserta una escala de antivalores esparcidos en cada uno de los personajes, los mismos que representan una masa claramente identificable; el individuo es la parte del todo. Entonces, la traición, el despojo, la vanidad, la soberbia, la rebeldía, el machismo, la lascivia, la humillación y la furia encubierta son los ingredientes de la obra que, unidos, dan cuenta de una realidad social: hay que solapar para vivir.

De este modo, la traición no puede quedar de lado. Se hace eco con Nicolás Estupiñán, quien al publicar los apuntes de irregularidades económicas contra el candidato presidencial, consigue plasmar un deseo económico. El chulla sale despedido y Estupiñán recibe la recompensa a tan alta hazaña de aparente rectitud, aunque no mira que el precio para conseguir fue el hurto. Cumple a cabalidad su caracterización: “zorro del chisme y de la calumnia” (Icaza, 69).

El lector también tiene la sensación de descubrir en la obra, a través de sus personajes, el machismo y la lascivia latentes en el accionar respectivo. Con Reinaldo Monteverde se descubre un mundo de macho herido en su orgullo porque pretende encontrar en Rosario a su esposa, la presa ideal para plasmar su insaciable deseo sexual. Pero la mujer reacciona ante la sordidez de los actos y, en franca rebeldía, le abandona, aunque más tarde termine



en los brazos del conquistador, del macho libre, el chulla. En los diálogos que sostienen los personajes, fácilmente se descubre el matiz de lujuria que ronda en el mundo social en todos sus estratos sociales. De esta forma, el autor, no duda en evidenciar lo sórdido de la sociedad que se encubre tras una vestimenta.

Ante la lujuria, Rosario se convierte en el prototipo de la rebelión que se yergue frente a los prejuicios sociales provenientes del pensamiento de su madre y de su vecindario: “Le quiero. Soy su amante. ¡Sí! ¿no me cree? Su amante, vieja idiota! ¡Me iré con él cuando me dé la gana!... mi real gana.... Y si no me deja, soy capaz de matarme, ¡matarme!” (Icaza, 119). Lucha por encontrarse consigo misma; se despoja del qué dirán de la gente y se liga al chulla para asumir un nuevo rol: participa de las apariencias, las hace suyas y convive con ellas a pesar de que esto le cause dolor.

Otro ingrediente que se descubre en los personajes con tendencia hacia lo peyorativo se encuentra en la descripción de la fiesta de la embajada. La vanidad traspasa todos los límites. El autor se esmera en detallar los pormenores de la fiesta. Si el chulla no tiene el pase de invitación, la vanidad le obliga a conseguir dicha tarjeta a cualquier precio a través de “conexiones con la burocracia menor de la cancillería” (Icaza, 113). Luego la consecuencia se evidencia, ya que participa este hecho a Rosario, quien debe presumir de mujer de altos quilates. Ella participa de la farsa y complementa la notoriedad del protagonista.



En la descripción del momento en que escogen los trajes, tanto el chulla como Rosario, el autor no duda en hacer un inventario de la decadencia de la alta sociedad, de la que quedan solamente las huellas de su paso por la sociedad. Contreritas, el dueño de la casa del disfraz, abre su ropero y en este inventario de personalidades con sus respectivos trajes, asoma Majestad y Pobreza, haciendo alarde de “la levita raída (...) donde él puso, para completar el disfraz, unos zapatos ridículos, unos pantalones remendados, un cuello de celuloide y un pañuelo sucio” (Icaza, 108).

La vanidad del chulla y de Rosario, su cómplice, sobrepasa la realidad y asume la ficción. Además, el traje prototipo de Majestad y Pobreza, presente en la tienda de alquiler, demuestra que las apariencias son hechos de todos los tiempos y de toda condición social. Por ello, Contreritas hace hincapié en él: “El padre de nuestros disfraces, de nuestras prosas, de nuestras pequeñas y grandes mentiras”, como si contestara a la sorpresa angustiada del chulla” (Icaza, 108- 109).

Con este bagaje de antivalores, en un mundo repleto de vanidad, orgullo y falsa opulencia, los personajes de la obra se apasionan y luchan por sostenerse en el plano de la idealización y de la ficción de cada hecho, de cada realidad. En cierta medida, este accionar transgrede la normativa vigente y de forma individual, cada uno de ellos colabora para que haya una trabazón del enmascaramiento, de la impostura y de la apariencia. Si la sociedad está formada por distintos integrantes, su dinámica gira en torno a



la virtud de las necesidades e intereses de sus miembros. Todos, en algún momento, deben asumir, entender y resolver lo que al interior de la sociedad se entreteteje.

2. DESHUMANIZACIÓN E INFERIORIDAD DEL SER

Entre las posibilidades del accionar del ser, muchos aspectos contribuyen a fortalecer la condición humana, pero otras veces, el mismo hombre se encarga de deshumanizar a sus congéneres. Los aspectos multifacéticos para que el hombre se realice coadyuvan en cierta medida. La vida, al ser una escuela de formación constante, tiene aspectos positivos y aspectos que se enmarcan en la ruptura del crecimiento del hombre.

El vicio como la virtud son temas latentes en el contexto del ser humano. Y en la visión del escritor, estos aspectos encajan a través de los personajes de la obra narrativa. De esta manera, en la obra objeto de análisis, lo sórdido relacionado con la pobreza y la antítesis presente en la opulencia, se presentan pero sin llegar a ser considerados valores dignos de emular.

Dentro del mundo urbano que describe Icaza en *El chulla Romero y Flores*, el tema de la formación de las clases sociales adquiere tintes raciales, por valorar “la descendencia y el color de la piel” (Espinoza, 210). Esta circunstancia se liga de manera intrínseca con ciertos determinismos relacionados con este hecho. Así,



Los blancos o descendientes más o menos directos de ellos, forman la clase elevada y parte de la burguesía; los mestizos o mulatos, se infiltran en esta clase; pero más bien, forman la mayoría de las capas inferiores y en general, puede decirse, que los primeros, tienen siempre sobre los últimos, mayores ventajas y más seguridad de subir y formarse una posición; no por la mayor energía del esfuerzo, sino por la mayor cantidad de facilidades que la sociedad les presta para ello (Espinoza, 210).

De ahí que el privilegio de la alta cuna conlleva a entender a este grupo humano como el modelo en el que cabe la virtud. En la obra, hay una latente ridiculización de los defectos; lo grotesco de la cultura de los desposeídos es motivo de escarnio. En ambas sociedades se maneja la impostura.

La obra de Icaza pretende privilegiar el vicio como algo inherente a los desposeídos, por carecer de lo elemental en su alma. Ya en el discurso en boca de sus personajes se descubre que el vicio y la virtud campean en igual dosis. Tanto los opulentos como los arribistas se sostienen en sus patrañas a fin de alcanzar sus metas.

El bajo mundo comprende el lado sórdido. Es el *habitus*—según Bourdeau—del hombre denigrado que cae como presa fácil del entorno que le rodea. Para el personaje Alfonso Romero y Flores, el burdel y la cantina son el refugio de sus males, las puertas para escapar de la realidad. Frente a



situaciones conflictivas como la humillación de su integridad o frente a problemas de índole afectivo, el refugio seguro para sus penas es el bajo mundo. La cantina es, en cierto modo, el nido escapatorio que apacigua las tentaciones, los miedos y las frustraciones.

La marginalidad, desde la perspectiva de la obra, está unida al vicio; el chulla comparte el vicio, pero no el vicio en sí, sino una forma de encontrar la solidaridad; quienes aceptan, comparten lo que nada pueden ofrecer. Por ello, en silencio y para sí, el chulla piensa: “donde duerme uno, duermen dos” (Icaza, 138). El vicio se convierte en un escape frente a la adversidad.

Ya en un análisis somero a las actitudes viciadas del chulla, el autor hace énfasis en lo sórdido del bajo mundo y el accionar constante del protagonista en la búsqueda de su realización personal. Los personajes que representan la otra cara de la sociedad, por el contrario, contribuyen a que Alfonso Romero y Flores se denigre. Cada paso que da en su afán de sostenerse en la mentira, en el engaño, es un eslabón para la deshumanización de su integridad.

El personaje femenino, doña Francisca, con su singular caracterización de ‘Cara de caballo de ajedrez’ desnaturaliza la ingenuidad innata del chulla para convertirlo en el motivo de afrenta y escarnio. De ahí la vergüenza que siente Luis Alfonso Romero y Flores al escuchar a voz en cuello que es fruto de amoríos impensables: “hijo del difunto Miguel, ‘¿verdad? Sí, sí, pobre



Miguel” (Icaza, 82). La debilidad ante la carne y otros prejuicios sociales se evidencian de manera pública para la desgracia del chulla, ya que doña Francisca hace alarde de la desgracia de Miguel, por “la bebida, las deudas, la pereza y una serie de complicaciones con mujeres, se unieron para arruinarle. Le encontraron muerto... muerto en un zaguán del barrio del Aguarico. Completamente alcoholizado” (Icaza, 84).

La afrenta pública ocasiona en el chulla cólera e incertidumbre que desembocan en ira contenida. La deshumanización del ser se hace patética. El chulla debe pagar con su vergüenza la pobreza de su padre. Del discurso personal de doña Francisca trasciende a la ‘honorable y distinguida concurrencia’, quienes a modo de *vox populi* señalan que:

La figura típica del viejo altanero y miserable con su anacrónica chistera, con su levita vercosa, con su elegancia zurcida en los hombros, en las rodillas, en los codos, en los zapatos, con su andar enyesado en prosas marciales, con su piel apergaminada de árbol centenario, con su bigote de puntas hacia arriba, con su nariz ganchuda, con su entrecejo adusto para subrayar el fulgurante desprecio de sus ojos color de tabaco (Icaza, 85).

Icaza, al enfrentar a Luis Alfonso Romero y Flores con una gama de personajes aristócratas, pone al descubierto su doble identidad; por un lado, se enorgullece; pero, por otro, siente vergüenza, pues al pertenecer “a dos



universos culturales tradicionalmente enfrentados –el indígena y el blanco–” (Ortega, 28), se nota una crisis de identidad. En este sentido, la metamorfosis, por medio de la máscara y el disfraz, permite al personaje permanecer en un mundo de los blancos y no descender al mundo sórdido de donde ha salido.

Las circunstancias que atraviesa el chulla, al tratar de ser un fiscalizador irreprochable y honrado, le llevan a caer en la trampa de los aristócratas, quienes abusan de su poder para humillar a su antojo y encauzar a un ridículo espectáculo frente a las miradas de desprecio: el chulla percibe “como si todos estuvieran de acuerdo en un raro juego” (Icaza, 83). Esto aumenta su deseo enfermizo por alcanzar lo inalcanzable, a cualquier precio.

Para reforzar su coraje se vale del alcohol, lo que le permite enfrentar a sus adversarios, gritando a viva voz que es el ¡Fiscalizador!, pero, en vez de aplacar la indiferencia, empeora la situación y le enrostran la imagen de su padre al mencionar que “-Los amigos le perdonamos todas sus flaquezas, menos la última. -¿Cuál? –El concubinato con una chola. Con una india del servicio doméstico” (Icaza, 84-85).

Esta deshumanización del progenitor del chulla, acrecienta su sentimentalismo, por lo que “se sentía desnudo, desollado” (Icaza, 86). Su impotencia por no haber podido defenderse lo lleva a huir a toda prisa,



echándose maldiciones y repudiando su procedencia. Luego de un sinnúmero de interrogantes, aparecen las voces de sus seres, que tratan de apaciguar su rabia, inculpando a cada quien las desgracias de su hijo:

“¡Por tu madre! Ella es la causa de tu viscoso acholamiento de siempre... De tu mirar estúpido... De tus labios temblorosos cuando gentes como yo hurgan en tu pasado... De tus manos de gañán... De tus pómulos salientes... De tu culo verde... No podrás nunca ser un caballero...”, fue la respuesta de Majestad y Pobreza.

“Porque viste en ellos la furia y la mala entraña de taita Miguel. De taita Miguel cuando me hacía llorar como si fuera perro manavali... Porque vos también, pájaro tierno, ratoncito perseguido, me desprecias... Mi guagua lindo con algo de diablo blanco...”, surgió el grito sordo de mama Domitila. (Icaza, 87).

Su propio padre le recuerda el origen de su raza, que es fruto de una mujer india. A su vez mama Domitila aclara que siempre estuvo bajo el dominio de su patrón, razón por la cual lleva la estampa de ‘gran caballero’ en sus venas que lo hace actuar como un noble enmascarado.

Rosario Santacruz, mujer que cree que con su cuerpo de esbelta figura tiene asegurado un feliz matrimonio, es partícipe del desencanto al darse cuenta que aquel hombre que tuvo por esposo no la supo hacer mujer, de ahí que: “destapó su odio ante las narices del marido. -No te quiero. No te he querido



nunca. Tampoco puedo engañarte como hacen las otras” (Icaza, 90). Rosario se rebela y da un giro en su vida, sinceramente quiere diferenciarse de las demás. Sin embargo, Reinaldo Monteverde, ante la imposibilidad de retenerla, la llama ‘corrompida’.

Frente a este desgarrante episodio, el ego de Rosario se ve abocado al recelo, asco y desprecio a los hombres. Pero llega Luis Alfonso con su donaire de chulla “tremendamente enamorado y galante (...) con piropos propios o ajenos” (Andrade, 66) y la transforma en una mujer digna de sí misma.

El caso extremo de ser despreciado y repudiado a causa de su origen es mama Domitila que por ser “una india del servicio doméstico” (Icaza, 85), no es aceptada dentro del círculo social al que busca acceder su hijo por medio de las apariencias. De la misma manera a Miguel Romero y Flores, las amigas de doña Francisca, lo recuerdan como:

(...) la figura típica del viejo altanero y miserable con su anacrónica chistera, con su levita verdosa, con su elegancia zurcida en los hombros, en las rodillas, en los codos, en los zapatos, con su andar enyesado en prosas marciales, con su piel apergaminada de árbol centenario, con su bigote de puntas hacia arriba, con su nariz ganchuda, con su entrecejo adusto para subrayar el fulgurante desprecio de sus ojos color de tabaco. (Icaza, 85).



Esto refleja el odio y la intolerancia de la clase dominante ante los desfases y debilidades de sus amistades de la clase advenediza: un desliz en su vida es suficiente pretexto para excluirlas. El chulla es un ser fragmentado, incapaz de integrarse, de ser uno, pues lleva la escisión en su sangre por su doble origen, no puede ocultar a su madre india ni el conflictivo mundo que le toca habitar.

La gama de personajes de la obra de *El Chulla Romero y Flores* representa la sociedad del bajo mundo, despreciada y humillada por la clase aristócrata, que la considera diferente, por no gozar de la posición social y económica similar a la de su clase. Esta realidad no pierde vigencia, puesto que aún existen las pirámides sociales en la que cada ser tiene su escala de ubicación impuesta por la sociedad reinante.

3. SEPARATISMO SOCIAL Y CULTURAL

En todas las sociedades existen fenómenos que atañen al orden económico del cual se desprenden otros procesos. La pirámide económica mueve la cultura, el ámbito político y social, es decir, las brechas, que se presentan en diferencias marcadas, emergen de lo económico predominantemente. Es así como, dentro de la sociedad ecuatoriana, en el contexto social e histórico en la época en la que se ubica *El chulla Romero y Flores*, surge un fenómeno histórico que se asimila con el separatismo.



El separatismo dentro del campo social se aprecia en tres aspectos críticos: la inequidad social, la pobreza y el desempleo, aspectos que marcan el devenir del hombre, quien lucha por sobrevivir, aún en contra de sus principios morales que, en muchas ocasiones, se arraigan en cada actividad que ejecuta tan solo por conservarse y salvaguardar sus intereses.

La inequidad social emerge de las diferencias económicas y culturales. El hombre siempre tiene una aspiración: diferenciarse de la masa; por ello, la lucha por escalar posición, por ingresar al mundo un tanto vedado para los desposeídos. Si la sociedad tiene una estratificación social, a menudo, como clases sociales dominantes, los que se sienten relegados por las diferencias económicas, buscan cualquier mecanismo para tener aceptación en un mundo cerrado. Vale el ser humano en función del linaje y el poder económico y político. Al respecto de nuestra sociedad ecuatoriana en su etapa de formación como República, Alfredo Espinosa enfatiza:

El mayor desarrollo de la enseñanza durante la República, el acrecentamiento de la burocracia y accesibilidad de los destinos públicos a todas las categorías sociales; la elevación de las clases populares, por las continuas revoluciones que exaltaban a los hombres de las capas inferiores, la mezcla de razas por estas causas se hacía más fácil y rápida; el desarrollo de los pequeños propietarios y comerciantes, fue creando poco a poco, una clase media intermediaria, entre el pueblo y la dirigente (...) hasta llegar a



adueñarse casi completamente de los destinos del país y a ser una fuerza poderosa e influyente (204).

En el ámbito sociológico, el aumento de las desigualdades sociales permite que el hombre no conozca la equidad y cada día se sienta desamparado porque existen notables diferencias económicas que repercuten en el estatus social. Cabe recordar que, durante la época de la Conquista con la llegada de los españoles a América, se marcó la separación de la raza indígena y de la 'blanca', razón por la que "en la formación de las clases sociales, influye por mucho la descendencia y el color de la piel" (Espinosa, 210). Esto refleja el estatus del dominante ante el dominado y, a la vez, la exclusión de seres tan solo por el aspecto físico, sin tomar en cuenta los sentimientos que estos poseen.

La conquista europea sume en la pobreza a la población originaria. Al apropiarse los conquistadores de las riquezas de las tierras americanas, la población indígena ha vivido momentos de dolor e indignación, pues al ser desalojada de su cultura, lengua y elementos tangibles, ha sido abandonada a la suerte, provocando e incitándola a emigrar a distintos lugares donde, de una u otra manera, ha obtenido la solidaridad de sus congéneres. Esta situación se agrava a raíz de que esta clase de poder se expande por todo el territorio conquistado. De esta manera, la clase dominante ejerce presión para el empobrecimiento de la clase media y baja, por situaciones de



explotación. En este sentido, se demuestra que mientras el poder esté más afianzado, la pobreza crece y las brechas sociales están muy marcadas.

La situación de dependencia de la clase media se percibe en la poca motivación de los excluidos y por medios diversos se intenta “llenar todos los huecos de la administración pública, odiando el trabajo, viviendo en la simulación y en la miseria, alimentando un falso lujo y recurriendo para esto a expedientes tan pueriles, como poco dignos” (Espinosa, 210). Con esto renacen y se intensifican los conflictos económicos de la sociedad ecuatoriana. Esto es un mero ejemplo de que, si no se posee una posición económica, social o política, no existen probabilidades de llegar a ocupar cargos significativos, dignos de representación. Frente a esta realidad, el hombre se verá limitado a enrumbarse en lo primero que a su paso se le presente, ya que la necesidad y el hambre le obligan a desempeñar los cargos más denigrantes. El chulla Romero y Flores cumple, dentro de este aspecto sociológico, el afán como ser humano con todas las condiciones desfavorables de la sociedad, un caro anhelo de irrumpir en este ostracismo de la aparente sociedad quiteña de linaje.

Su acercamiento a la sociedad de ‘alto linaje’ se da desde la simulación en cuanto a su emparentamiento con el Poder, luego asciende de una supuesta categoría: la que obtiene de un simple empleado público a fiscalizador. Ingresa erguido, de acuerdo a su abolengo y a la posición que representa, pero sale, cabizbajo, humillado y despreciado.



La simulación y el ardid que teje en su mente y en su accionar le permiten acceder y codearse con la sociedad relevante. De esta manera, se coloca en la oficina de Investigación Económica, con la notable responsabilidad de investigar al candidato presidencial las irregularidades en las finanzas de las oficinas públicas: “-He pensado en usted –anunció avanzando hasta el escritorio donde trabajaba el Chulla Romero y Flores. –En usted para la fiscalización anual” (Icaza,64). Desde un comienzo, el chulla simula ser lo que realmente no es, pues bien sabe que desconoce de finanzas, pero su afán de prosperar y alcanzar su estatus social, le llevan a aceptar un cargo de difícil entendimiento, pero cae en el orgullo y en la apariencia, frente a sus compañeros de trabajo.

La situación social diferente que se percibe en la obra de análisis, ahonda el separatismo de una clase, la de los desposeídos, quienes comparten su miseria con los pseudo poseedores de un estatus social y económico en ascenso. De esta forma, el chulla, con sus aires de grandeza, de gran caballero, se contrapone a sus amigos de oficina; se siente el hombre de importancia, aún a sabiendas que es un simple engañador y arribista. Con un aspecto arrogante menciona: “-Iré. Iré, señor –afirmó el chulla en tono altanero de matón de barrio, mientras despertaba en el fondo de su amor propio la perspectiva de una extraña codicia” (Icaza, 65). Este personaje se deja llevar por la avidez del poder con la finalidad de enredarse con los de la alta sociedad. Pero los aristócratas, dueños de una posición social cerrada,



crean una barrera infranqueable y el chulla, no pasa de ser un personaje ridiculizado.

Por otro lado, la supuesta altivez e importancia del chulla, provoca un alejamiento de los de su clase, quienes aparentan ser sus amigos, pero en su momento lo repudian, lo insultan, aplicándole todo tipo de epítetos como “Imbécil...Intruso...No sabe nada...”Perro de la calle no más es...Le conozco...Todo así tiene suerte” (Icaza, 66). La envidia, el coraje, la impotencia de no poder ser como él, crea un oleaje de amargura e indiferencia entre los empleados, compañeros del chulla

En *El Chulla Romero y Flores*, las fiestas son las que mejor exponen la comedia que se da entre las clases medias y altas, obligando a que sus miembros finjan otra identidad y escamoteen sus orígenes. Así sucede con la fiesta organizada en la casa de la viuda de Ramírez para celebrar un onomástico. Acostumbrado a participar de fiestas cotidianas en su clase, el personaje hace evidente su poco conocimiento del lenguaje que encubre la realidad. El protagonista rebaja el estatus de la reunión social, calificándola de “farra”. Como pícaro se aprovecha e invita a hacer lo mismo: “la comida, bebida, guambritas” (Icaza, 93).

Integrado el protagonista a la reunión, la anfitriona brinda vino a los presentes, en agradecimiento a tanta bondad y entre vino y vino, toda la fama de delicadeza se torna en borrachera: “La fiesta entre tanto se había



caldeado en epilepsia de chistes verdes, de zapateados folklóricos, de murmullo hecho de cien retazos de risas históricas” (Icaza, 96). Se ve de esta manera, que tarde o temprano queda a flote su origen, aspecto que deja al descubierto la imposibilidad de mantener su apariencia.

El lector participa además, de manera sigilosa del comentario moralista del narrador omnisciente, con una severa condena respecto a tales festividades en que se desatan las trabas sociales y resurgen las raíces populares de la clase media. La locura colectiva que arrebató las mentes es censurada como insoportable desorden, donde el alcohol levanta las abstenciones e irrumpen la obscenidad y la danza popular criticada en un comentario anónimo cuando dice “–Cuando están chumados parecen indios- Indios mismos” (Icaza, 96). El autor, se afana en enfatizar el separatismo cultural que deviene en social de todos los asistentes a la fiesta de onomástico, remarcando sus orígenes y el estilo de lenguaje con su carga semántica que corrobora la intencionalidad del escritor.

Por otro lado, el separatismo social y cultural que se discierne en la obra, asoma de manera explícita e implícita en sus páginas. El ámbito cultural en el que se mueve el chulla, al igual que los de su ‘clase’ obedece a una realidad de marcada pobreza. El derroche de apariencias, al final no surten el efecto deseado; el chulla es ridiculizado constantemente y los otros personajes comparten la sordidez de ese submundo e igualmente, no



podrían deslindarse del hecho de ser como el protagonista, solo que se mueven dentro de la masa.

A la pobreza se suma la ausencia de cultura elemental. Los personajes no tienen la motivación para la superación; la carencia de valores y la desmotivación por tener que vivir dentro de un círculo social relegado, les impide demostrar un incipiente desenvolvimiento cultural que sobreviene de la educación. La norma social está ausente de estos marginados. Frente a esta circunstancia de seres proscritos, se adhiere la presencia del orden establecido por medio de la autoridad pública que representa la policía, como órgano represor que acorrala y fustiga como vil delincuente al chulla.

La víctima tiene poco que perder; solamente huye por cuestiones de dignidad y de amor paternal. La vida le ha colocado en una encrucijada de la cual debe salir con la frente en alto. El chulla tiene hacia atrás la opulencia, el poder, la denigración, la mezquindad, la injusticia, los prejuicios y el dolor; ese dolor de frustración por no conseguir la aceptación de un círculo viciado de artimañas. Justamente la policía se convierte en el agente dentro del engranaje del Poder, que busca demostrar las barreras sociales. Al pensar que el chulla es un proscrito, este órgano represor se ensaña y disfruta de la calamidad del desposeído.

Ya en el ámbito espacial, la policía representada en el “Palanqueta” Buenaño cumple el objetivo de persecución hasta los límites de lo



ponderable. El mundo social de los aristócratas queda en la ciudad, hacia abajo, desde la mirada del chulla, con una connotación de civilidad y de orden, mientras que hacia arriba, el bajo mundo se percibe por la topografía del barrio, de sus casas, de su gente, del trabajo que desempeñan cada uno de estos seres empobrecidos frente a una visión antitética de los ricos. De esta forma, el chaquiñán, la quebrada, el filo del barranco, la peña, la pendiente, corroboran a que la espacialidad se armonice y se adhiere a la realidad de los personajes. Además el conventillo como hábitat concede identidad y reconocimiento social y espacial a los de arriba con su miseria y dolor.

El separatismo social se percibe desde la óptica de la iglesia en la mentalidad de cada uno de los seres humanos. La religión ve en el nacimiento del chulla como una transgresión que rebasa los límites de la realidad imperante en aquella época de marcado conservatismo. El tema del 'pecado original' que enfatiza el autor, tiene el propósito de actualizar los principios de la iglesia, que señala al ser humano de nacimiento ilegítimo como un condenado e indigno de superación por su mancha de origen. El separatismo social en el que están ubicados los demás personajes de la obra, tienen los ingredientes que contribuyen a fortalecer las fronteras precisas donde termina el mundo de los aristócratas e inicia el otro. La sociedad quiteña descrita en *El chulla Romero y Flores* tiene la escala de personajes con categorización social en descenso. Deambulan en las



páginas de la obra las prostitutas Capulí y la Pundosiqui. Estos seres relegados cumplan, al final un papel vital: salvan la integridad del chulla.

La desfachatez del mundo de burdel asoma en la novela como el motivo de la solidaridad. Si la prostitución es una realidad pecaminosa del mundo y de toda condición social, precisamente esta lacra ayuda en acto de solidaridad al chulla a escapar de sus cazadores. Lo sórdido se vuelve relevante.

De esta manera, con *El chulla Romero y Flores*, Icaza demuestra que el mundo es un mercado de valores, donde cada quien pesa lo que vale. Dentro del respectivo mundo de poseedores y de desposeídos, la condición social proviene de la económica. El separatismo social como cultural se forja desde la sociedad privilegiada por el respaldo del Poder, de la Iglesia y desde una supuesta jerarquización social emergida desde el 'linaje'. Esta barrera infranqueable obstruye la condición moral de seres humanos. Con los nobles, desaparece la solidaridad, mientras que en el bajo mundo, ésta es una fuerza totalizadora. Cada ser es una puerta que se abre en pos de ayuda al desvalido. Por ejemplo, el personaje Víctor Londoño asume el reto del disfraz del chulla ante la insistencia de las mujeres de vida airada. Y nada menos que el ardid del supuesto acto sexual es el camino más acertado para salvar la vida de quien no tiene escapatoria.

Así, Icaza desde su estilo, muestra una realidad circundante reflejada desde la condición de mestizo que por todos los medios, pretende ascender en una



escala social prohibida. En Luis Alfonso Romero y Flores, se encuentra al típico modelo quiteño, simulador que hace alarde de su genial apelativo de *chulla*, que etimológicamente significa *uno solo*, o *uno de dos*. Según Charles F. Kany, quien menciona que “viene a equivaler a “currutaco”: Chulla leva; que viene a su vez de chulla leva sin calé”. (224). He ahí su origen y por ende su habitual forma de transgredir en su mundo social y cultural.



CONCLUSIONES

Todo individuo nace dentro de una sociedad determinada, un medio social. Con el transcurrir del tiempo aprende a adaptarse a las costumbres de los otros individuos que le rodean y que varían según las circunstancias. Cada clase social posee sus propios lentes culturales que le ayudan a construir su mundo con actitudes y valores que poseen cierta fuerza orientadora para sobrevivir. Los diferentes tipos de formas de vida y cultura son elementos fundamentales de la diversidad étnica que presenta distanciamientos y conflictos individuales en los seres desposeídos.

Frente a una realidad social latente en el mundo de la ficción que propone Jorge Icaza, *El Chulla Romero y Flores*, se ubica en el contexto de la narrativa urbana y capta el mundo urbano-marginal de Quito. Se plantea entonces el problema de las masas indias y, sin abandonar esta temática, se introduce lo individual al pintar la existencia de un mestizo en conflicto. En una sociedad en la que el origen étnico ha influido en la formación de clases sociales, la obra en análisis es eminentemente realista y social. Presenta un nuevo prototipo de personaje que sobrevive en un submundo de injusticias y desprecios, aspectos que identifican al protagonista.



Luego de haber transitado por las páginas de la obra, podemos concluir:

1. La realidad social que describe Icaza en su obra *El Chulla Romero y Flores* alude a un tema trascendente de la sociedad, no solo ecuatoriana, sino de una realidad inherente a todos los pueblos. La identidad del conglomerado humano unas veces es motivo de desprecio y humillación. La vida tiene inequidades étnicas que repercuten en el ámbito social. Este aspecto se discierne en la obra objeto de estudio.
2. Visto desde la óptica de la identidad, el mestizaje implícito en *El Chulla Romero y Flores* asoma en la individualidad del chulla como el fruto de dos razas: la española y la india. Este conflicto que dramatiza la vida del protagonista se convierte, por un lado, en obstáculo a sus aspiraciones de ascender socialmente y, por el otro, le ocasiona humillaciones y desprecios de quienes pertenecen a la urbe quiteña. El chulla es un mestizo acosado tanto por las voces españolas de su padre y como por las indígenas de su madre; y, para salir del paso, recurre a la astucia y a su doble apellido para aparentar nobleza.
3. El drama del chulla se convierte en un problema social. Luis Alfonso Romero y Flores es el prototipo de la impostura, de las apariencias y de la astucia. El pomposo nombre del protagonista caracteriza al tipo social del oportunismo, bajo el enmascaramiento, insignia de distinción



y responsabilidad. Además, la rebeldía y la venganza son ingredientes que fortalecen la impostura.

4. El novelista enfatiza en su afán de denuncia al sistema burocrático del país. La honestidad y la justicia pierden sentido frente a la realidad cotidiana, de ahí el valor del disfraz para ocultar el origen étnico y la procedencia social.
5. En *El Chulla Romero y Flores*, la presencia de la inequidad social contribuye a remarcar el separatismo social y cultural. Al pertenecer a mundos diferentes, los personajes que deambulan por la obra tienen espacios y ambientes culturales muy delimitados. El mundo de estos seres exige una máscara para que se cubra la transgresión. Si el mundo fuera una entidad equitativa, no existiría el afán de aparentar y simular de manera desmedida frente a las circunstancias de poder y clase.
6. Por otro lado, lo peyorativo es el matiz que engloba al personaje, quien se siente acorralado por el círculo del Poder. En este sentido, el chulla intenta evadir y reniega de su origen porque ha sido causa de afrenta.
7. Finalmente, en los personajes diversos y disímiles de *El Chulla Romero y Flores*, se enraízan los defectos y vicios sociales. Las lacras de la sociedad tienen su asidero en el espacio del barrio marginal y en



él se cierra el mundo social que los supuestos seres humanos de alcurnia reniegan.



BIBLIOGRAFÍA

- Andrade, Carlos (Kanela). "El auténtico chulla quiteño". *Parias, Perdedores y otros antihéroes*. Editorial Trama. Quito, 2005.
- Chaves, María Eugenia. "Color, inferioridad y esclavización". *Identidades y alteridad en América Latina*. Cuenca, 2006.
- Corrales, Pascual Manuel. *Jorge Icaza: Frontera del Relato Indigenista*. Centro de publicaciones de la Pontifica Universidad Católica del Ecuador. Quito, 1974.
- Cueva, Agustín. "El Chulla Romero y Flores". *Lecturas y Rupturas. Diez ensayos sociológicos sobre la Literatura del Ecuador*. Editorial Planeta del Ecuador S.A. Quito, 1986.
- Egüez, Renata. "Los pasos y la mirada: discurso de la configuración espacial en el Chulla Romero y Flores". *Re/incidencias*. Tomo 4. Centro Cultural Benjamín Carrión. Quito, 2007.
- Espinosa, Tamayo Alfredo. *Psicología y Sociología del pueblo ecuatoriano II*. Segunda Edición. Banco Central del Ecuador. Quito, 1985.
- Fernández, Martha. *Literatura española e hispanoamericana*. Editorial kapeluz, 1979.
- Guerra, Bravo Samuel. "Historia y sociedad 1767-1830". *Historia de las literaturas del Ecuador*. Tomo 2. Universidad Andina Simón Bolívar. Corporación Editorial Nacional. Quito, 2001.
- Icaza, Jorge. *El Chulla Romero y Flores*. Estudio Introductorio: Manuel Corrales P. Colección Antares. LIBRESA. Quito, 1995.
- Kany, Charles F. *Semántica hispanoamericana*. Madrid Aguilar, 1962.



- Luna, Tamayo Milton. “Los mestizos, los artesanos y la modernización”.
Antología de la Historia. FLACSO. Quito, 2000.
- Ojeda, Enrique. *Ensayos sobre las obras de Jorge Icaza*. Edit. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1991.
- Ortega, Caicedo Alicia. “La máscara de la vida chola en Jorge Icaza”.
Antología esencial Ecuador siglo XX. El cuento. Selección y presentación. Editorial Eskeletra. Quito, 2004.
- *El hombrecillo amargado y doliente: Memoria, identidad y simulaciones. Una lectura de “El Chulla Romero y Flores”, de Jorge Icaza*. En lecturas del Ecuador, Quito, n° 188, Casa de la Cultura Ecuatoriana. Julio, 2005.
- Pérez, Galo René. *Deleites de la Diversidad*. Academia Ecuatoriana de la Lengua. Colección Horizonte Cultural N° 2. Primera Edición. Quito, 2004.
- Sackett, Theodore Alan. *El Arte en la Novelística de Jorge Icaza*. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1974.
- Serrano, Sánchez Raúl. “El chulla Romero y Flores: los encantos de un texto proscrito”. *Vanguardias: Palacio e Icaza, cien años 1906-2006*. Editorial SINAB. Quito, 2006.
- Vintimilla, María Augusta, et al. “Los años treinta, el realismo y la nueva nación”. *Literatura y cultura nacional en el Ecuador. Los proyectos ideológicos y la realidad social 1895-1944*. Casa de la Cultura Núcleo del Azuay. Cuenca, 1985.